

# *La Maravillosa Aventura de las Colonizaciones*

Por Hernando Gaitán L.

Los griegos y los macedonios helenizaron el Asia y provocaron una transculturación entre Oriente y Occidente. Alejandro, el más importante colonizador de la antigüedad.

Entre el mar Jónico y el mar Egeo, bullía y se agitaba antaño el mundo de los griegos. En un principio constituían un país de pastores que se afanaban sobre una tierra ingrata, de islas pobres. Pero los suelos desagradecidos han promovido históricamente el movimiento, el impulso creador, el ansia de partir más allá de los límites estrechos. Sus oscuros orígenes consignados en leyendas de evasiones y raptos, compartiendo con los dioses extrañas aventuras en lejanas tierras, les imprime ese tono único y expresivo que revistió su vida, hasta cuando la gloria, el genio y la sabiduría, junto con sus dioses, se fueron en busca de otros pueblos a quienes el destino señaló los caminos del triunfo, el poder y el dominio de todo cuanto habían forjado los hombres y los dioses hasta entonces. Pero si en el suelo griego surgieron como en maravillosa eclosión las formas más elevadas, originales y perfectas de la literatura y el arte antiguos, también allí se perfeccionaron y concretaron las estructuras económicas que en el curso de su expansión, apoyadas en la falange hoplita y en la herramienta política del estado-ciudad, fundarían una magna Grecia en la bota italiana; Pentápolis helénica en Cirenaica; un Peloponeso en Sicilia y una Calcídica sobre la costa norte del Egeo, amén de otros establecimientos en varias regiones del mundo conocido en la antigüedad. Todo ello, a expensas de italos, sículos, lidios, tracios y otros bárbaros.

Esta expansión griega, desde el Egeo hasta las costas próximas y lejanas del Mediterráneo, que obraba bajo la incitación de una desmedida y constante superpoblación, aventaría la rica simiente helénica por espacio de doscientos años, hasta muy avanzado el siglo V, para llegar al punto muerto que marcó el final del impulso invasor y la creciente y eficaz resistencia de los pueblos vencidos.

Casi todos los que se han ocupado de Grecia, hablan generalmente de sus glorias, de su genio y de su inconcebible talento artístico. Pero son muy pocos, los que venciendo su emoción estética y su devoción por lo grande y lo sublime, han prestado la suficiente atención a la otra cara de la moneda, a la vida material, donde se mueven los comerciantes, agricultores, artesanos, marinos y gentes del común. En nuestro deseo de mostrar esta otra cara, tan real y tan humana, y valiéndonos de las informaciones que hemos logrado reunir, ofreceremos aquellos rasgos que a nuestra manera de ver, fueron propios y característicos de este pueblo genial.

#### *Los dos Estados-ciudades más representativos*

El conjunto griego, amalgama inicial de tracios, macedonios, pelagos y otros asiáticos, remozado más tarde por dorios, eolios y jonios, encarnó su pujante destino en dos ciudades que simbolizaron el genio multiforme del espíritu helénico: Atenas y Esparta. Mientras que la primera, capital de un corto país cubierto en ese entonces de aldeas y lugares cuya superficie, sin incluir la Isla de Salamina, alcanzaba apenas cincuenta y tres mil doscientos estadios (setenta y seis leguas cuadradas), y disfrutaba gracias a la industria y el comercio, a la pureza de su aire y a las leyes que la regían, de una próspera situación, la segunda situada al pie de algunas eminencias, remata en un llano espacioso y es recorrida en toda su extensión por el Eurotas, que recibe los arroyos o torrentes que descienden de las alturas vecinas. Esta ciudad de Lacedemonia, llamada también Esparta, no tiene muros como los que circundan a Atenas, sino que confía su defensa al valor de sus habitantes, hombres y mujeres.

Obedeciendo a la hermenéutica tradicional de colocar siempre en el primer plano a Atenas, comenzaremos a ocuparnos de esta populosa ciudad que cobija tras de sus muros y en los campos vecinos una población aproximada de quinientos mil habitantes, constituida por unos cien mil ciudadanos y extranjeros domiciliados y una masa de esclavos que se aproximan a cuatrocientos mil, griegos de origen y otros foráneos. Los primeros, nacidos como hombres libres, perdieron su libertad combatiendo en defensa de sus principios y de la tierra que les vio nacer; los segundos, objeto de tráfico comercial, procedían de Tracia, Frigia y Caria, países bárbaros, según los griegos.

#### *El régimen esclavista*

Hombres, mujeres y niños de toda nacionalidad, legalmente considerados como esclavos, eran entre los griegos objeto de considerable

comercio. Trasladados de un lugar a otro, como cualquier mercancía, se hacinaban como rebaños en las plazas públicas, donde debían desfilar o danzar para que los compradores pudieran formar juicio sobre sus fuerzas y agilidad. Para recobrar su libertad estaban obligados a pagar un considerable rescate. Cuando Platón y Diógenes cayeron en la esclavitud por la suerte adversa de los hechos, el primero fue redimido por sus amigos que aportaron como rescate tres mil dracmas (dos mil setecientas libras), mientras que el segundo debió permanecer largos años en cadenas, enseñando a los hijos de su amo a ser virtuosos y libres.

Los esclavos realizaban la economía de los Estados-ciudades, laborando las tierras, beneficiando las minas, cavando en las canteras, realizando oficios domésticos, arrastrando los carros de sus amos o desarrollando cualesquiera otras actividades, porque los esclavos, según la ley, no deben permanecer ociosos. Cuando a juicio de sus dueños faltaban esencialmente a sus obligaciones, éstos podían cargarlos de cadenas, condenarlos a dar vueltas a la piedra de un molino, impedirles casarse o separarlos de sus mujeres. La excesiva crueldad provocaba las deserciones o los impulsos a buscar asilo en el Templo de Teseo, donde amparados por la ley lograban algunas veces cambiar de amo. Los actos heroicos al servicio de la República y el celo y adhesión a sus amos los hacía acreedores a la libertad. Pasaban así a tener el carácter de libertos, sin llegar a ser ciudadanos, sino domiciliados. Gozaban de muy poca consideración, pero al menos habían logrado su libertad.

#### *Costumbres y régimen de vida de los atenienses*

Al amanecer se abría el comercio y los campesinos entraban a la ciudad con sus productos, entonando canciones antiguas. Toda la ciudad se ponía en movimiento y cada cual iniciaba las labores de su profesión. Las gentes del pueblo y los soldados hacían dos comidas diarias, pero los ciudadanos de cierto orden se satisfacían únicamente con una al mediodía al ponerse el sol. Algunos dormían y otros jugaban a la taba, a los dados y a juegos de comercio, después del mediodía. A ciertas horas de la mañana y por la tarde las gentes concurrían a la plaza pública, paseaban a las orillas del Ilise o por alrededores de la ciudad. Conversaban animadamente, discutían de política y de diversos temas y realizaban sus asambleas generales. Gozaban del espectáculo y del colorido que ofrecía la abigarrada y heterogénea muchedumbre, preocupada por todos los menesteres de

la vida diaria y por su actividad comercial que la llevaba incesantemente por entre las tiendas de los perfumadores, plateros, barberos y comerciantes, donde se hablaba de los intereses particulares y del Estado, se relataban anécdotas y se comentaba jocosamente sobre el exterior desaliñado o el fausto escandaloso de los transeúntes. El comentario agudo y el chiste ingenioso o sangriento se prodigaban en todos los corrillos, pues los atenienses eran burlones, irónicos y poseían cierto sentido de malignidad que prodigaban cada vez que la circunstancia se presentaba.

En tiempo de guerra se comentaba pública o privadamente el desarrollo de los acontecimientos. Las noticias favorables se transmitían de viva voz y las adversas al oído y con aire de misterio. Sobre el suelo trazaban las rutas y caminos los diligentes informadores que seguían las huestes militares o las posiciones que ocupaban los contrincantes. Estos solícitos comentadores solían disminuir o abultar los hechos y llevaban al ánimo de los ansiosos espectadores, rumores que los alegraban o los sumían en el más terrible abatimiento.

Los propietarios de tierras salían por la mañana a caballo a recorrer sus predios y a dirigir la actividad de sus esclavos. También dedicaban sus ocios a la caza, a los baños públicos o a los ejercicios del gimnasio. Los perfumes eran parte esencial de sus costumbres. Cuando salían de los baños se saturaban de esencias, que mezcladas a los perfumes de sus vestidos, esparcían intensa fragancia a su alrededor. Los más se cubrían con una túnica que les llegaba hasta media pierna y un manto que les cobijaba casi del todo, en contraste con la gente común y sin educación que llevaba las piezas de su vestido más arriba de las rodillas. La generalidad andaban descalzos, mientras que los potentados y hombres de posición llevaban calzado más bajo o más alto, según se acomodaran a su estatura. Las mujeres, a quienes la ley confinaba en sus aposentos, sólo aparecían en las calles en ciertas circunstancias o por la noche en carruajes, precedidas de un hacha que les alumbraba el camino. Cubiertas con un velo, llevaban una túnica blanca que sujetaban con botones sobre los hombros y que ceñían bajo el pecho con cinta ancha, plegada en ondas hasta los pies; un vestido más corto que sujetaban a la cintura con ancho listón y que terminaba como la túnica en bandas o rayas de diversos colores; un manto que unas veces llevaban en forma de banda y otras desplegándose sobre el cuerpo, lo que hace pensar por sus bellos contornos, que sólo se ha hecho para dibujarle. Con estos atavíos y maceradas en esencias, cautivaban por su porte y la gracia

de sus movimientos, cuando parecían deslizarse por sus habitaciones o cuando salían rodeadas de un séquito de eunucos y esclavos, alquilados o de su propiedad.

### *La prostitución*

Los atenienses y en general los demás griegos vivieron siguiendo el ejemplo de los dioses del Olimpo, una existencia sexual un tanto libre, en la época a que nos referimos. Sin embargo, en ciertos períodos históricos, algunos dictadores como Draco, ansiosos de introducir reformas en una sociedad anarquizada por su excesivo celo democrático, expidieron leyes muy severas para preservar la dignidad del hogar, manteniendo puras a las esposas y a las hijas de los ciudadanos mediante drásticas penas impuestas al adulterio, a la seducción, al atropello y a la violación. Allí, la prostitución, contribuía como en todas las ciudades en las distintas épocas de la humanidad, a preservar de la violencia carnal a las mujeres catalogadas como dignas en los tres estamentos sociales prevalecientes en el Estado-ciudad. Los métodos para establecer esta profesión, tan severamente criticada por algunos, pero tan útil como freno social, no diferían gran cosa de los actuales procedimientos: las grandes casas de lenocinio, las trota calles, las concubinas, las dicteriades y las hetairas. Las primeras, como siempre, rodaban a cargo de la inevitable "madama" que dirigía las finanzas y regulaba las prácticas y hábitos inherentes a este tipo de organización social económica. Cuando la prosperidad se acentuó visiblemente en Atenas y en otras ciudades griegas, se acrecentó el relajamiento de las leyes y aumentó el libertinaje en todas las capas sociales. Fue entonces cuando distinguidas prostitutas ocuparon lugar preferente en los grandes banquetes al lado de las señoras respetables. El caso de Aspasia, quien llegó a casarse con Pericles, nos exime de insertar otros casos y otros nombres célebres que pasaron a la historia y se convirtieron en símbolos.

De las clases de prostitutas enumeradas, las concubinas ocupaban el último lugar en el fondo de esta escala. Ellas eran verdaderas esclavas de hombres adinerados, que ejercían absoluto dominio sobre todos los actos de su triste existencia. Durante el día se ocupaban de la cocina, limpieza, lavado y de otras actividades menores bajo la fiscalización de las matronas del hogar. Por las noches debían satisfacer el placer sexual de sus amos o de los visitantes a quienes las transferían momentáneamente para su regocijo y compañía durante las fiestas que aquéllos ofrecían. Seguían a continuación las dicteriades

que en un principio constituyeron monopolios del Estado, reglamentadas mediante leyes que fijaban en tiempos de Solón una tarifa de un óbolo por sus servicios, equivalente a tres centavos de hoy. Cuando este negocio se reveló como muy lucrativo, los capitalistas entraron en competencia con el Estado, estableciendo casas por su cuenta y riesgo. Como las costumbres se hacen ley, el gobierno legalizó su funcionamiento como empresa lucrativa para todos aquellos que quisieran ejercerla. Fueron tan ricos los dividendos que se obtuvieron de esta profesión, que muchos consideraron justificado el sacrificio exigido por tenerla, ya que las leyes fijaron un impuesto a los empresarios y la renuncia a la ciudadanía. Algunas concubinas entrevieron la posibilidad de trabajar por su cuenta y entraron a formar una nueva clase denominada dicteriades libres, que apenas se diferenciaban de las trota calles de ayer y de hoy. Su lugar preferido, por muchas razones, fue el Puerto del Pireo donde vendían sus encantos como mejor podían a los marineros y a los merodeadores que pululaban por muelles y tabernas. En la cima de esta pecaminosa pirámide estaban las "etairas" que llevaban una vida más interesante que las mismas matronas de la Hélade y que disfrutaban de las condiciones más placenteras. A esta agrupación pertenecían las prostitutas más afamadas de la historia galante. Friné, cantada por los poetas, encarnó la belleza de las formas e inspiró a Praxíteles para modelar las estatuas de Venus. Su mayor encanto consistía en despojarse con refinada lentitud de cada una de sus prendas de vestir al borde del agua, después de haber cubierto la distancia que la separaba de ésta, con la arrogancia y la languidez de quien se sabe adorada de todos. Acusada de impiedad, debió concurrir ante los jueces que se inclinaban a condenarla por haberse convertido en un objeto de adoración. Su abogado ante el temor de que sus argumentos no pesaran en el ánimo de aquellos, la despojó inesperadamente de su toga y mostrándosela dijo, que su belleza era digna del Olimpo, y que por eso, todos adoraban en ella la incomparable euritmia de sus formas. Nada podía compararse a esta diosa terrena, blanca como una estatua de mármol, moviendo lentamente sus caderas artísticamente formadas, salvo el verla salir de frente, los senos enhiestos y tan firmes que no oscilaban mientras ella avanzaba hacia sus ropas tendidas en la arena. Friné fue absuelta y desde entonces era sacrificada como castigo, cada año, al dios Neptuno, en una ceremonia a la que concurrían a la orilla del mar los más destacados funcionarios, lo más cerca posible al lugar del sacrificio, para presenciar como su cuerpo de alabastro

era acariciado por las olas del mar, a la vista de todos los ciudadanos de Atenas.

Otra mujer de extraordinaria belleza, Laís, la siciliana, de piel oscura y de formas casi ultraterrenas, fue inmortalizada por Apeles en sus lienzos y alcanzó la categoría de hetaira. Su más fiel admirador, Aristipo, publicó un famoso diálogo con Diógenes acerca de tan singular belleza.

### *La economía*

Mientras Esparta ocupaba una región que proveía generosamente a su subsistencia y sus habitantes se mantenían congregados dentro de los límites de su nación, para prevenir, según apreciaban sus legisladores, que el espíritu y pureza de sus instituciones pudieran corromperse o fueran fácil presa de los vicios que se revelaban en los demás estados griegos, los atenienses, tan cercanos al mar, rodeados de terrenos ingratos y constreñidos a vivir en un espacio muy limitado, debieron desde un principio ingeniarse y desarrollar mucha habilidad para intercambiar sus géneros, su industria y sus ideas y costumbres con los de las otras naciones. Esta adversa ubicación, aún cuando favorecía ampliamente al desarrollo de su comercio, perjudicaba su equilibrio social e imponía una dura tarea para extraer de la tierra, los productos indispensables para su subsistencia. Esta región del Atica impuso así la división de su sociedad en tres fracciones antagónicas. Los más pobres e independientes, de temperamento democrático, ocupaban las montañas vecinas; los ricos dueños de la campiña, constituían una firme oligarquía y los de la costa, aplicados a la navegación y el comercio, abogaban por un tipo de gobierno mixto, que garantizara la propiedad, a la vez que la libertad pública. Esta diversidad de caracteres y su posición geográfica constituirían siempre una incitación para buscar en otras tierras un ambiente más favorable a sus aspiraciones. Su política estaría irremediabilmente vinculada a una noción precisa de geografía económica.

En el Atica crecían algunas maderas de construcción como el abeto, el ciprés, el plátano y otros árboles. De la campiña extraían los productos indispensables para proveer a la ciudad de Atenas. La producción de trigo, tan escasa, imponía su consumo local y el déficit se cubría con importaciones de Egipto y Sicilia, de Panticapea y Teodosia y del Quersoneso Táurico. También de Panticapea y el Ponto Euxino se proveía Atenas de maderas, esclavos, sal, miel, cera, lana, cueros y pieles de cabra. De Tracia y Macedonia recibía sal ma-

rina, maderas de carpintería y construcción. Los tapices, mantas de cama y hermosas lanas, de Frigia y Mileto. Vinos y frutos de Tracia y Frigia, y de estos últimos y de varios otros países bárbaros, miles de esclavos para la producción agrícola y comercial. Sólo el aceite, que se producía en muy buena escala en gran parte del Atica, así como paños, camas y otros muebles, libros, espadas y armas, eran objeto de viva exportación a los países vecinos y a regiones muy lejanas. Pero el gran producto de todas las islas del mar Egeo y de las costas de Tracia era el vino que constituía el soporte de su balanza comercial. Para mantener activo su comercio con todo el mundo conocido, los atenienses disponían de corresponsales en los puntos esenciales del tráfico marítimo y terrestre.

Para combatir los monopolios, especialmente el del trigo, le estaba prohibido a todo ciudadano, bajo pena de muerte, comprar más de las cantidades necesarias para su abastecimiento. Para hacer cumplir esta disposición, un cuerpo de inspectores vigilaba celosamente la concertación de las transacciones comerciales.

### *El tráfico marítimo*

La situación de la República y sus facilidades portuarias atraían las naves de todas las regiones cercanas y lejanas que mantenían intercambio con los griegos.

El puerto del Pireo era el eje principal de su comercio y de allí partían las embarcaciones hacia Egipto y Sicilia y Pantecapea y Teodosia sobre el Bósforo Cimerio. También tocaban en los puertos de Tracia y Macedonia y recibían los productos de Frigia, de Mileto y de Tesalia. La poderosa marina ateniense recorría incesantemente todas las regiones del Ponto Euxino, las costas del Egeo y del Tirreno, y más lejos, hasta tocar en las zonas septentrionales del litoral mediterráneo. Sus galeras, embarcaciones de guerra impulsadas a remo, contaban cuando la guerra de Troya con cincuenta remos dispuestos en dos hileras de veinticinco a cada lado. Los viajes en crucero y la extensión de sus líneas comerciales introdujeron el empleo de los birremes con dos bancos de remos a diferente nivel y algún tiempo después los trirremes, de su propia invención. Su marina mercante, integrada por embarcaciones a remo, no llevaba como las galeras un palo y una vela, sino que dependía exclusivamente de la vela para navegar.

Pero cuando los atenienses conocieron la necesidad de su marina vivían ya imbuidos del deseo de conquistar. No aspiraron por tanto



al imperio del mar sino que emplearon sus efectivos en la usurpación de las regiones vecinas y limitaron su comercio a extraer de otros países los productos que necesitaban para su subsistencia. Una serie de tratados, impuestos inicialmente por el imperativo de preservar la libertad amenazada por los persas, le concedió a Atenas la hegemonía sobre una vasta zona griega. Esta ventaja transitoria fue mantenida arbitrariamente por los atenienses y se prolongó por largo tiempo, hasta cuando los pueblos sometidos y explotados inhumanamente se aliaron con Esparta para expulsar a sus sojuzgadores, que habían dispuesto en su propio beneficio de las contribuciones de los confederados, depositados con ánimo exclusivo para preservar la libertad amenazada por el imperio persa. La rapacidad tuvo la virtud de mantener vivo el espíritu de libertad de los Estados que de buena fe contribuyeron a la grandeza material y política del pueblo ateniense.

### *El espíritu comercial*

Los ciudadanos, en su mayoría, invierten sus recursos en el comercio del Estado, pues la ley les prohíbe hacerlo en una plaza distinta. Y como aquella no señala el tipo de interés a que pueden aspirar, éste se acuerda mediante convenio escrito que se deposita ante un banquero o una persona amiga de los contratistas. Están obligados, con excepción de los extranjeros domiciliados que pueden traficar en el mercado público, una vez satisfecho el impuesto que les corresponda, a vender sus mercancías en el Pireo. La escasa producción de ciertos renglones como el trigo imponía la necesidad de mantener un férreo control de precios, cuya violación se sancionaba, como ya se dijo, con la muerte para todo aquél que comprara más de la cantidad asignada al precio ordinario. Los inspectores que no velaran celosamente por el cumplimiento de las normas fijadas, corrían la misma suerte que los trasgresores de la ley. En esta forma el monopolio de los artículos de escasa producción sólo podía ejercerlo el Estado para aumentar sus rentas en beneficio de la colectividad misma.

### *La colonización griega*

Todo su mundo circundante parece impulsar a los griegos a la aventura y a la dispersión. El territorio cultivable es exiguo; las llanuras escasas; los ríos son débiles hilos de agua; la propiedad rústica se halla siempre en manos de algunos privilegiados; el proletariado rural crece incesantemente; en las ciudades las gentes viven amontonadas y a la presión demográfica y social hay que añadir la

presión política. Aristóteles y Platón temen el excedente de nacimientos y éste último dirá alguna vez: En esta tierra angosta viven como en una ciudad sitiada.

Pero la mayor amenaza que se cierne sobre los griegos, es la falta de sentido de su unidad política. Menudean las guerras civiles y los vencedores expulsan a los vencidos. Los tiranos combaten a los nobles y los pobres se alzan contra los ricos. Para salir de este mundo estrecho, son muchos los que deben abandonar su patria. Sólo bajo otros cielos podrían ocupar llanuras extensas y feraces, praderas y vergeles y lugares donde puedan plantar viñedos. Pero también hay algo más que invade sus sentidos y es la profunda voz del mar, su llamada incesante y la visión de los marinos que surcan las aguas cercanas al Asia y las costas iluminadas de Italia. ¿Acaso, piensan, no son también ellos hijos de Hermes? Terminarán por decir como todos los pueblos marinos de todos los tiempos: "Es necesario navegar, a la vela, a la vela". Sus barcos mercantes, menos esbeltos que sus navíos de guerra, alcanzan apenas los 7 nudos pero pueden cargar hasta 250 toneladas de mercancía. Los antiguos pastores, que desde tantos sitios pueden avizorar el mar, se transforman en marinos y más tarde en mercaderes y aún piratas. Más allá, por sobre las olas, alcanzan el trigo de Sicilia, los vinos de Tracia, la madera de Siria, la lana de Frigia, el lino de Egipto, el cáñamo de Escitia, las pieles de Libia, el plomo de Rodas, el cobre de Chipre, el marfil del Africa, y el estaño del lejano Norte, cerca de las regiones Hiperbóreas. Y para pagar sus costosas importaciones, trabajan incansablemente los forjadores de Eubea, los alfareros de Corinto, los zapateros de Atenas, los metalúrgicos de Samos y los carpinteros de Mileto.

Cuando por una ley inexorable del destino humano sobreviene la decadencia de sus competidores fenicios y de los cartagineses de Occidente, estos hábiles griegos encuentran su mejor oportunidad y reciben el legado inapreciable de las experiencias náuticas de aquéllos. Y como lo harán siempre los pueblos marinos, para asegurar sus mercados, se apresuran a dominar el Estrecho de Mesina, el Helesponto, el Bósforo y todos los sitios claves para propiciar el monopolio, el ejercicio de la thalassocracia y el cierre de las rutas a sus competidores. Para la expansión de sus mercados no vacilaron en sojuzgar pueblos y destruir ciudades como Troya, la de Príamo.

El tránsito de pastores a marinos creó la necesidad de un medio de cambio más cómodo. Los lidios, que poseían abundancia de oro

y plata idearon discos de metal mediante la aleación de estos dos componentes y la carrera monetaria alcanzó pronto un éxito rotundo, que discontinuó el empleo de cabezas de ganado, de ánforas y calderas de bronce, como medios de pago. Las ciudades griegas siguieron este ejemplo y acuñaron monedas de plata, aprovechando la abundante disponibilidad de este metal. La pieza ateniense de cuatro dragmas se convierte en moneda básica del oriente mediterráneo. Ella y otras monedas rivales se concretan como signo de la riqueza. Aparecen los nuevos ricos y se acelera la revolución social. Las monedas viajan por todo el mundo conocido y ayudan a difundir las ideas y la civilización helénica.

La explosión demográfica, figura muy antigua, y los avances de pueblos conquistadores sobre el contorno griego, propiciaron una abundante emigración hacia las Islas y el Asia. Se instalan en Lesbos, Eólida, Esmirna, Kymé, Quíos, Samos, Focea, Efeso y Mileto. Más adelante ganan Rodas, Halicarnaso y Cnido. Estas colonias a su turno fundan nuevas colonias libres, pero se proclaman griegos. Lejos de satisfacer sus ansias viajeras, experimentan la atracción de Occidente y alcanzan Italia, de clima muy parecido al de Grecia. Y allí, que habrá de llamarse algún día "Magna Grecia", establecen un semillero de ciudades y de estaciones costeras.

El mundo cerrado de los antiguos griegos adquiere proporciones y dimensiones inesperadas. Se extiende de España al Cáucaso y sobre Asia y Africa, pero siempre eligiendo las franjas costaneras, para no entrar en conflicto con otros pueblos. Las regiones de influencia griega son afortunadas. Ser colonizado por los griegos es una prebenda. Los ribereños surgen de su barbarie y los pueblos vecinos se aprovechan de una civilización incomparable: la escritura, la moneda, el confort, la sabiduría, la belleza y la fortuna, amén de todos los dones que procura una nueva concepción de la vida, animada por sentimientos y expresiones sociales nunca antes conocidos por los llamados bárbaros.

#### *Los macedonios también eran griegos*

En la parte norte de Grecia, apartada de sus querellas internas, Macedonia dormita en la pobreza, pero un hombre sueña con la conquista del mundo antiguo. Es el rey Filipo, joven atrevido, hábil negociador, que sólo cuenta veintitres años, que no desprecia el vino y las mujeres y que ha ascendido al trono con el afecto de sus súbditos, pastores y campesinos, rudos y frugales. Heródoto opina que

son griegos, pero Demóstenes que lucha infatigablemente contra ellos afirma que "no son más que miserables macedonios". Pero el joven rey se encargará de cambiar esta imagen al convertir su pueblo en país civilizado, sometiendo a los señores feudales, asignando tierras a los estamentos inferiores e imponiendo su firme autoridad. Instauro el servicio militar obligatorio para conformar un ejército que será temible con el tiempo y que por primera vez en la historia de la antigüedad, constituirá una organización militar dotada de un auténtico estado mayor y prevista de armas nuevas que arrasarán con los hoplitas griegos y con los selectos escuadrones tebanos. Convierte en infantes a sus rudos labradores, a los nobles en caballeros y constituye una falange prevista de la larga sarisa, que será imbatible por casi dos siglos.

Hábil y astuto gobernante, intuye que el éxito de una fuerza militar no depende únicamente de la calidad de sus componentes, sino que deben concurrir factores tan importantes como el instrumento financiero y el espíritu y sentimientos que la animan.

Los yacimientos de oro y plata que abundan en las tierras macedonias le permiten acuñar moneda, que bajo el nombre de estateras o filipos, se encargarán de facilitar el equipo, sostener tropas y comprar la conciencia de muchos gobernantes, para convertirlos en sus aliados.

Antes de emprender la gran empresa de erigirse en árbitro de los destinos griegos para atacar el imperio persa, que es su gran ambición, entrena cuidadosamente sus efectivos militares y su organización interna contra los tracios y escitas y lleva sus huestes hasta el Danubio y el Mar Negro.

En diez años alcanza con éxito este primer objetivo recurriendo a pretextos, ardidés diplomáticas y unas cuantas batallas decisivas, hasta cuando el puñal de un asesino corta de un tajo su ambiciosa carrera. Este hecho rotundo concede un respiro a las ciudades griegas y al imperio persa. Pero será muy breve, porque así como Filipo había forjado un estado poderoso, también había dejado un heredero que había bebido en las fuentes de la historia de la sabiduría y del genio griego, los conocimientos necesarios para hacerse soberano del mundo. "Deberás buscar un reino digno de tí, pues no cabes en Macedonia" le había profetizado Filipo. Y en efecto, "a los veinte años, con la belleza de Apolo, la fuerza de Hércules, la audacia de Aquiles y la sagacidad de Ulises", deleita recitando a Homero y dia-

logando con Aristóteles, quien le ha comunicado la pasión civilizadora y la vocación del colonizador.

Dentro de sus vastos designios, juegan en primer término asuntos trascendentales, como el restaurar a los griegos el espíritu y la confianza de los tiempos gloriosos, perdidos en un rosario interminable de contiendas internas y de mezquinas ambiciones locales. Para conseguir este objetivo, comienza por deslumbrarlos. El mismo tiene la sensación de que va a recomenzar la Iliada. Atraviesa el Helesponto. En Troya deja caer flores sobre la tumba de Aquiles, ceñida su frente con una deslumbrante corona de oro. En Frigia, de un certero tajo de espada corta el Nudo Gordiano y dice a los atónitos presentes, "ya está deshecho", llevándose de calle las predicciones del Oráculo, que prometía el dominio del Asia a quien lograra deshacer tan complicado enredijo.

Su segundo designio, asentar su autoridad sobre griegos y bárbaros, para crear una máquina ideal que respondiera dócilmente a su voluntad en la realización de sus planes expansionistas, se cumplió sin mayores dificultades, pero con dureza extrema para hombres, pueblos y ciudades que osaron desafiar sus órdenes o que lucharon para mantener su tradición democrática. Así, en manos de Alejandro, se alcanzó la unificación del mundo de los griegos, desaparecieron los Estados-ciudades y con ellos la capacidad de resolver su propio destino. La historia, como siempre, tuvo razón. El papel trascendental de Grecia en la antigüedad pasó a otras manos, pero sobrevivió su civilización como legado precioso e invaluable para todos los tiempos.

Cumplidas así las etapas iniciales de su glorioso destino, a través de los dos hechos expresados y de algunos otros concernientes a la administración y dirección de los territorios europeos que integraban su Estado, Alejandro inició la preparación de la conquista del Asia, apoyado en su estado mayor y en la estructura militar que le legó Filipo. Y pese a que el rey de Persia, vencido moralmente de antemano, le ofrece la paz, la riqueza y los honores de convertirse en su yerno, permanece inflexible y continúa sus preparativos militares. A Parmenio, su primer lugarteniente, que se aventuró a decirle: "Si yo fuera Alejandro aceptaría", le respondió con displicencia: "Yo también aceptaría si fuera Parmenio".

Y todo ocurrió como estaba previsto. Bajo la experta conducción de sus veteranos generales y convertido en el animador de aquel poderoso conjunto guerrero, todo cedió a su paso y hasta Menón el

Rodio, que osó enfrentársele con un ejército de mercenarios griegos al servicio del Gran Rey, fue vencido por las huestes de Alejandro.

Por espacio de ocho años Asia es escenario de sus grandes hechos militares. Siria, Egipto, Babilonia, Persia, el país de los medos, el de los partos, Bactriana, la lejana Sodania y por último la India. Cruza el Indo, el Hydaspes y alcanza al Hyfasis. Ha recorrido vencedor 18.000 kilómetros. Quiere seguir avanzando hacia el mundo desconocido pero su ejército y sus generales se sienten fatigados y los auspicios son adversos. Contra su voluntad acepta volver sobre sus pasos pero da órdenes a su almirante Nearco para que reconozca las orillas del mar de Oman y haga ruta hacia el Golfo Pérsico.

### *El colonizador*

Ahora que ya no hay ejércitos que vencer ni reyes que destronar, comienza a desarrollar sus dotes de colonizador. Los heridos y enfermos, griegos o macedonios, se instalan como colonos bajo la protección de sus armas y de su creciente prestigio que ya comienza a entrar en la leyenda y el mito. Las tribus nómadas vencidas a su paso están obligadas a arraigarse en comarcas previamente estudiadas. Alejandro se enorgullece de hacer crecer la hierba, el trigo y el lino, donde el suelo era yermo. Cuán diferente a Atila.

Adelanta la fusión de griegos y bárbaros mediante matrimonio e incorpora a su ejército contingentes orientales, dándoles el mismo trato que a griegos y macedonios, pues no está de acuerdo con Aristóteles que le aconseja tratarlos como bestias o plantas, en su calidad de bárbaros. El, personalmente, se casa con una sogdania y luego con dos persas. Celebra solamente el matrimonio de ochenta de sus compañeros con mujeres medas o persas.

Paradojalmente, Macedonia que ha sido un país pobre, a pesar de sus minas, tiene la virtud de enriquecer al mundo antiguo, al poner en circulación las riquezas acumuladas por los reyes de Persia. Lingotes, monedas y joyas son arrancados de su esterilidad inactiva. A las 4.600 toneladas de plata del tesoro persa se agregan lo que poseían los sátrapas en sus gobernaciones, lo de los magnates y grandes señores, lo de la India fabulosa y el producto anual de las contribuciones de guerra que consistía en 700 u 800 toneladas de metal. La circulación de la moneda facilita la expansión económica y el florecimiento del comercio. Se trazan rutas, se construyen puertos, se abren canales, se acondicionan para la navegación el Tigris y el

Eufrates, se irrigan las llanuras, se embellecen los templos y se aclimatan plantas, mediante la renovación de los métodos de cultivo.

Alejandro sembró ciudades a lo largo de su recorrido y reveló la vida urbana a regiones enteramente rurales. Ciudades administrativas y mercantiles se erigieron en las encrucijadas de caminos; lugares de etapa en las pistas; aglomeraciones al fijarse las poblaciones nómadas y guarniciones en sitios estratégicos para proteger a la población civil y el tránsito comercial en las diversas rutas. Todas y cada una de estas fundaciones constituyeron focos de irradiación helénica.

Dueño del mundo antiguo y elevado a la categoría de los dioses griegos y asiáticos, sucumbe cuando apenas llegaba a los 33 años, en Babilonia, sin dejar herederos que pudieran manejar tan grande imperio. Su política de colonización —el bloque territorial y los establecimientos aislados— será puesta en práctica por los romanos, cuando a éstos les llegue su oportunidad histórica.